

LA BANDERA RADICAL

REVISTA DE INTERESES GENERALES

CARLOS MARIA RAMIREZ

DIRECTOR

SUMARIO DEL N.º 28

REMINISCENCIAS OPORTUNAS PARA CALMAR LA FIEBRE ROJA — EL NÚMERO TRECE: Novela original del Dr. D. Guillermo Blest Gana — VOCES IMPARCIALES — LO QUE ENVUELVE EL TRIUNFO DEL GOBIERNO ACTUAL — LOS PALMARES: Novela original de Carlos María Ramírez: (Continuación) — LA SEMANA POLITICA — Rumores sobre el caudillo Entreriano — Su concurso material para el partido blanco — Significado político de su invasión al país — ¿No está la mano del Brasil en este asunto? — Congejuras y probabilidades — La guerra civil por la guerra civil no tiene término — Ilusiones de los colorados — División y encarnizamiento de los círculos — Horizontes de la lucha electoral — Tres coaliciones en pugna — Ruinas del partido colorado por su propio triunfo — GOTAS DE TINTA.

Reminiscencias oportunas para calmar la fiebre roja

Uno de los colegas de la mañana, que durante los últimos tiempos, y gracias á la ilustrada intervencion de un escritor extranjero, habia guardado cierta reserva política, muy recomendable para el santo fin de acallar los ódios de partido y preparar con la paz de los espíritus el terreno de la pacificación material, parece volver sobre sus pasos desde que la victoria ha coronado las armas del Gobierno en la jornada de los *Manantiales*, y empieza de nuevo la propaganda apasionada y virulenta que lo caracterizó desde su fundacion hasta muy poco tiempo hace.

Si el movimiento blanco está vencido, como se asegura, como lo dá por evidente el colega que tal actitud asume, es el caso de esclamar ante el espectáculo de animosidad tan poco hidalga: *A toro muerto, gran lanzada!*

Nada mas peligroso, nada mas temible, que la exitacion de los ánimos al dia siguiente de un triunfo conseguido por las armas.

Los indultos de los gobiernos, las generosas interposiciones de algunas almas nobles, quedan como esfuerzos aislados é impotentes, cuando los encargados de guiar la opinion de un partido vencedor, aprovechan el

momento mismo de la victoria, para mostrar á los enemigos como una reunion de monstruos cargados de crímenes, destilando sangre, reclamando á los hombres y á la divinidad un ejemplar castigo, una espacion providencial.

En esos momentos puede repetirse el dicho célebre de la revolucion francesa: — *la palabra es tan mortifera como la puñalada.*

Sabemos bien que los que incautamente lanzan esas voces violentas no ven á menudo su filo, ni su punta, ni la cruel venganza que consigo llevan, pero como la intencion moral no salva la vida de las víctimas señaladas á la exacerbacion de las pasiones, bueno es que los que nos encontramos de afuera, viendo con impasibilidad el giro irresistible y natural de los sucesos, señalemos el peligro de la exaltacion politica á los que no podemos suponer destituidos de los sentimientos humanitarios y generosos que se abrigan en todos los hombres cultos.

Si el partido colorado quiere hoy asumir la actitud magnánima en que se ha colocado tantas veces y que ha olvidado otras tantas sin embargo; si quiere que los indultos, el respeto á los prisioneros de guerra, la benignidad con los vencidos, se extiendan mas allá del radio de la capital, haga sentir su influencia fuera del pedazo de tierra en que el crimen parece avergonzarse de sí mismo ante la vista de la civilizacion; si quiere en una palabra, que la *clemencia*, (esa triste fórmula con que se pretende ahora resolver la crisis que solo puede por la justicia resolverse) no sea una celada indigna desde las afueras de Montevideo hasta el último rincón del país, es necesario que la prensa se unifique resueltamente en el propósito de acallar las violentas pasiones de partido, con la sincera expresion de sentimientos altos, fraternales y cristianos, que despierten en el ánimo de los vencedores la noble emulacion de la virtud y el bien.

Repetid que los enemigos son *malvados, forajidos, asesinos y traidores* etc. etc. etc., y en vano agregareis la prédica del respeto á las leyes de la guerra, en vano difundireis las gratas promesas del indulto, por que al escucharos los encargados de practicar ese respeto y de cumplir esas promesas, dirán con mas buen sentido que vosotros: « *los malvados, los forajidos, los asesinos y traidores*, no son prisioneros inviolables en ninguna parte del mundo, ni pueden recibir la absolucion completa de sus culpas sin escándalo para la moral social, sin

subversion fundamental de los principios en que reposa todo el edificio público.»

Y agregarán los encargados de hacer práctico el respeto de las leyes de la guerra, de cumplir las gratas promesas del indulto: «Puesto que vosotros pretendéis sustraer de la accion legitima de los tribunales á los *malvados*, á los *forajidos*, *asesinos* y *traidores*, nosotros nos convertimos en ejecutores de la justicia divina, para hacer efectiva la espacion de tan horrendos crímenes.»

Es así como se verifica el fenómeno que describimos en nuestro primer opúsculo, cuando decíamos allí: — No busqueis verdugos en nuestras guerras civiles; solo hay sacerdotes implacables que con la vista levantada al cielo ejercen los sangrientos ritos de su religion brutal.

Ah! no saben el mal que hacen los diarios que al dia siguiente de la victoria azuzan el odio de los lebreles encarnizados en la persecucion!

El mas leve motivo les basta para volver sobre las eternas recriminaciones del pasado, y descargar todas las baterias de la historia de partido sobre los presuntos restos del vencido.

Es lo que ha sucedido á *La Tribuna* con la carta del Dr. Don Carlos A. Lerena, acusado de faltar desde *el sobre al debido respeto que se debe al primer magistrado de la Republica*, y de estar concebida en conceptos *atrevidos* — idiotismos de dición que señalamos, no por fútil espíritu de critica literaria, sino como indicios de la precipitacion con que la fiebre roja suele hacer correr la pluma de los periodistas.

Esa simple carta individual, ha sido suficiente pretesto para que el cólega de la mañana se lance á reminiscencias legendarias y lance anatemas fulminantes sobre la colectividad del partido blanco, llamándola de *forajidos*, sin distincion, ni escepciones, ni reserva de ninguna clase.

¿Son estos los momentos oportunos para esos arranques de hidrofobia maratista?

¿Hay justicia en esas acusaciones inexorables, y universales que niegan á una colectividad de ciudadanos todo lo digno, todo lo racional, todo lo bueno, para convertirla en un monstruoso conjunto de crueldades, felonias y prostitucion?

¿Esas han sido siempre las opiniones manifestadas en la prensa por el Sr. Director de *La Tribuna*?

El artículo que mas abajo trascribimos demostrará á la evidencia que

también el Sr. Director de *La Tribuna* ha sabido distinguir alguna vez el crimen del error, la corrupción del extravío, la maldad de la reacción al bien, haciendo justicia á sus adversarios políticos, tributándoles elogios que no les prodigarían acaso los mismos que se colocan fuera del terreno de partido.

Cuando el Sr. Director de *La Tribuna* escribía el artículo que mas abajo transcribimos, demostraba espíritu despreocupado é imparcial, que si lo acompañó perteneciendo él á los vencidos, sensible es que lo abandone, militando como milita ahora entre los vencedores.

Lejos de nosotros defender al partido blanco de los cargos justos y lejitimos que pueden dirigirsele; pero si nos proponemos rechazar esas condenaciones infernales, que, envolviendo en un anatema igual á todos los miembros de un partido que tuvo cuarenta años de existencia, no consiguen sino ahondar las tradicionales divisiones, haciendo cada vez mas imposible la recomposicion de los elementos que se hayan conserdo algo puros en la vorjine de nuestras contiendas civiles.

No! ninguno de los partidos orientales merece ser calificado como esclusiva asociacion de *forajidos*, aunque estos por desgracia, no hayan escaseado, ni escasean en ellos.

El Sr. Director de *La Tribuna*, colorado, no lo cree respecto del partido colorado, ni puede creerlo respecto del partido blanco cuando ha tributado á una de sus administraciones los elogios que van á leerse en seguida.

Habla el Sr. Director de *La Tribuna*. (1861)

Ayer y hoy.

«Nadie hay que dude del hecho material del tiempo.

«Pasaron ya las épocas calamitosas, y con ellas las influencias de los círculos y de las camarillas que tanto influyeron sobre la triste suerte de las sociedades y los pueblos.

«A las densas tinieblas del crimen, del error y de la prevaricacion, se sucedió la aurora de una nueva época de ventura para la patria iluminada por el sol radiante de la libertad.

«La nave del Estado, próxima á zozobrar entre las inhábiles manos de imbéciles gobernantes, se vé merced al cielo libre de los perniciosos riesgos que la amenazaban, gobernada hoy y dirigida por la senda de salvacion bajo el amparo del primer magistrado de la República, que no debe dudar de la cooperacion de los

hombres de corazon, siempre que aliente en ellos la esperanza de arribar al puerto venturoso de seguridad y bienandanza prometido.

«Sinceros como somos cuando queremos demostrar nuestras intenciones, como ingénuos también cuando se trata de manifestar nuestro encono, jamás engañamos con la palabra, porque en nosotros la palabra es el verdadero intérprete de nuestros sentimientos.

«Los que aquello hacen, son los que manchados en los sucesos sangrientos de una época no muy lejana, ofrecieron á su país y al mundo entero, el mas horrible atentado que contra las leyes divinas y humanas se puede cometer.

«Esos mismos, sí, que han venido á santificar á los autores de cuantos abusos se han cometido en la administracion anterior que ofrece el contraste mas chocante comparada con la actual.

«Esos que tiemblan ante la discusion y la calificacion de los hechos, que no quieren que el pueblo en general y la juventud muy particularmente, que ha de ser la que con el tiempo condene como se merece tales atentados, lance sobre ellos el anatema de eterna maldicion, que desde ya pesa sobre sus cabezas.

«Pero en una época de paz, de progreso, de libertad, de seguridad para todo ciudadano que respete la ley y el orden; en que el código constitucional no es una quimera; en que la virtud administrativa es una práctica; en que todo ciudadano por deber, por patriotismo, Y HASTA POR GRATITUD DEBE EMPEÑARSE EN SOSTENER Y HACER EFECTIVA LA ESTABILIDAD DEL ACTUAL GOBIERNO, YA SEA POR MEDIO DE LA PALABRA, YA POR MEDIO DE LA ACCION, nadie, nadie tiene derecho ni fuerza para ahogar la voz de la razon en nuestra garganta, para detener el pensamiento, para encadenar la idea.

«Si provocados por la osadía que presta el crimen á los malvados, nos hemos lanzado á sostener una cuestion que afectaba nuestra dignidad y nuestro amor propio, debemos confesar que nuestro acento, que nuestro anatema, que nuestra persecucion, no alcanzaria jamás, hasta aquellos que aunque perteneciendo á un partido que hemos combatido y combatiremos siempre que se coloque en el terreno de entonces, se encuentran libres de la responsabilidad que sobre un número de personas pesa desde ya.

«El Presidente de la República, hombre de corazon, de principios, padre de familia y por consiguiente sensible á las afecciones que mas ligan al hombre á la humanidad, quizas sea el mejor intérprete de nuestras palabras.

«La discusion que han huido siempre hasta ahora los escritores que sostuvieron á la anterior administracion y que desempeñaron mas ó menos directamente un rol en los sucesos de aquella época, ha venido en un verdadero terreno en la apreciacion de los hechos que han de dar por resultado la historia verdadera de una revolucion cuyos pormenores muy pocos hay que conozcan á fondo.

«Hé ahí el primer beneficio de la libertad que gozamos.

«La primer cosa que pierde un pueblo con su libertad, ha dicho Edgard Quinet en su ilustrada obra sobre la Italia, es su historia.»

Escribir la historia de nuestro país ya no es un crimen, como en épocas pasadas y no muy lejanas de nuestros días, hubiese sido según la opinión de ciertos mandarines ó fantasmas, anulados ya para siempre ante la opinión pública de la Nación.

Compárese ahora la administracion anterior con la presente..... QUÉ CONTRASTE!

Qué oprobio! qué vergüenza para aquella!

CUANTA HONRA! CUANTA DIGNIDAD PARA LA PRESENTE!

José Cándido Bustamante (Sic).

(Comercio del Plata, número del 12 de Diciembre de 1861.)

El número trece

NOVELA ORIGINAL DEL DR. D. GUILLERMO BLEST GANA

(Continuacion.)

La quinta, habitada únicamente por un jardinero, estaba situada en uno de los barrios apartados de la población, que no designaremos, por no esponernos á las suposiciones del lector.

Elvira que para venir á ella, habia tomado un coche de posta, llamó á la puerta, despues de despedir el carruaje, y entró en la casa seguida del jardinero, que la escoltaba con el sombrero en la mano.

Elegados á la antesala ella se sentó en un sofá, quedando él de pié junto á la puerta.

Hasta entónces ninguno de los dos habia pronunciado una palabra

Pero él, que era un frances, notando que ella no parecia muy dispuesta á interrumpir el silencio, la dijo con el tono obsequioso de un hombre de su profesion:

— La señora desea un ramo de flores para esta noche?

— Nó, contestó Elvira sin mirarle.

— Pero querrá ver el jardín? Está lindisimío.

— Tampoco, replicó ella secamente.

El frances comprendió que su señora no se hallaba con humor de charlar, y la dejó entregada á sus meditaciones.

Un cuarto de hora despues Elvira le llamó para decirle: «Es preciso que esta tarde vaya Vd. á la chacra.»

— Iré, contestó el jardinero.

— A las cinco José vendrá á buscarle.

— Estaré pronto.

— Quiero que Vd. examine la arboleda de la chacra, y vea como se le puede dar una nueva forma.

— Nada es mas fácil. Vea Vd., se destruye el parron que hay enfrente de la puerta y....

Elvira conoció que no acabaria en una hora si le dejaba continuar, y le interrumpió diciendo: Nó, nó, Francisco; no quiero innovaciones hechas de memoria: váyase Vd. esta tarde, pase allí dos ó mas dias, si es necesario, estudiando el asunto, y vuelva Vd. entónces á darme pruebas de su ciencia y de su buen gusto.

— Me bastarán dos horas.

— Mi deseo es hacer una reforma completa; por consiguiente no estoy por las cosas precipitadas.

— Se hará lo que Vd. guste.

— Con que estará Vd. listo?

— A las cinco en punto.

— Bueno. Vea Vd. entónces si pasa algun carruaje que me lleve á casa.

El jardinero salió, y ella se quedó mas preocupada y meditabunda que ántes.

Sin embargo, por lo que hemos visto, era de creerse que la idea de llevar á cabo el plan que conocemos, triunfaba al fin de sus recelos y temores; pues la quinta debia quedar del todo solitaria desde las cinco de esa misma tarde.

Pero á pesar de este paso harto significativo, nos habriamos engañado, creyendo que Elvira estaba del todo decidida á tentar la peligrosa prueba.

Procedia de esta manera, porque la inaccion la mataba y necesitaba hacer algo para distraer su inquietud y su impaciencia.

Ademas, urjiendo el tiempo, era preciso hallarse preparado á todo evento.

Cuando el jardinero vino á anunciarla que el carruaje esperaba á la puerta, ella volvió á recomendarle que estuviese listo á las cinco, encargándole al propio tiempo que, de paso, le llevase las llaves de la quinta.

Una vez de vuelta en su casa, supo allí que Paulina había estado á verla, celebrando en el alma haberse encontrado fuera, porque en el estado de excitacion en que se hallaba, la presencia de su rival habria sin duda aumentado sus irresoluciones, y quitádole ademas un tiempo precioso para meditar en el partido que debia tomar definitivamente.

Con tal objeto encerróse en su cuarto, y allí pasó revolviendo en su mente mil proyectos, hasta cerca de las cuatro de la tarde.

A esa hora llamó á una de sus criadas. Su rostro estaba mas sereno, y se veia en sus ojos, que miraban ya con su fijeza acostumbrada, que habia llegado al fin al término de sus vacilaciones.

La criada, que acudió sin demora á su llamado, era su favorita; y en ella depositaba Elvira toda su confianza, con esa ceguedad inesplicable de que se ven no pocos ejemplos en nuestra sociedad.

La criada entró al cuarto de Elvira diciendo: ¿Me llamaba señorita?

— Si. Quería preguntarte si llevaste la carta que te di esta mañana.

— Si, señorita, bien temprano se la entregué al criado del caballero.

Elvira empalideció lijeramente, y repuso con presteza:

— No, no hablaba de esa.

— Ah! la otra!

— Sí.

— Yo misma se la di á misia Paulina.

— Y qué dijo?

— Me preguntó si yo sabia lo que habia ocurrido, y si era de gravedad lo que su merced tenia.

— Y tú que le contestaste?

— Que yo no sabia nada; que la carta habia venido de la quinta con otra para el patron.

— Qué dijo entónces Paulina?

— Que esta tarde, despues de comer, pasaria por allá; porque como su merced sabia, ella no podia salir antes á causa del cochero que andaba en la chaera con el señor Alvarez.

— Eso es, pensó Elvira; todo estaba perfectamente calculado. Pero ahora es preciso hacer que ella no vaya.

Despues de algunos minutos continuó dirigiéndose á la criada:

— Como tú sabes, todo eso era una broma que preparaba á Paulina.

— Así será, pues, señorita.

— Si; pero ya he cambiado de parecer.

La criada guardó silencio.

— Y quiero que, apenas comas, te vayas á casa de Paulina, y la digas de mi parte que esta noche la espero aquí, porque me vendré de la quinta á las siete.

— Está muy bien, señorita.

— No te olvides.

— Pierda cuidado, señorita.

— Pero sin decirle que no es cierto lo del accidente.

Hecha esta recomendacion, Elvira comenzó á vestirse con mas prolijidad y esmero que de costumbre, matando en esta, para las hijas de Eva tan agradable é importante ocupacion, las horas que faltaban para la de comer.

¿Habia abandonado sus proyectos? Nó, y bien claro se veia esto en su rostro; pero, sin abandonarlos, aquellos sin duda habian cambiado de forma, puesto que ahora disponia que Paulina no acudiese á la cita.

La inquietud que la habia agitado durante todo el dia parecia haberse disipado, y por lo tanto recobraba la habitual entereza de su espiritu, solo se divisaban en su rostro las señales de una impaciencia devoradora.

Poco despues de las cinco recibió con no disimulada alegria las llaves de la quinta que las trajo el jardinero, las que sin asustarse de su tamaño puso, envueltas en un pañuelo, en el bolsillo de su vestido.

Así es que ella tenia ya formada su resolucion, y todo preparado, cuando llegó la hora de comer.

Vino sin embargo á contrariarla algun tanto la llegada de su marido, que se sentó con ella á la mesa, cosa que, como bastante desusada, no esperaba.

Con todo, se consoló de este ligero contratiempo, con la idea de que no tendria que sufrir largo rato tan amable compañía; y si es preciso confesarlo, hasta sintió al verle cierta satisfaccion, que dibujó en sus labios una irónica sonrisa.

Terminada la comida, sin embargo, Castaños que parecia estar de buen humor, (sin duda habia hecho alguna buena ganancia en la noche anterior), encendió un cigarro y se arrellenó en una poltrona, como si no pensara moverse en toda la tarde, siendo que tenia por costumbre salir con el último bocado, como se dice, en las raras ocasiones en que comia en su casa.

Elvira que comenzaba á exasperarse, se retiró á la antesala.

Allí aguardó un largo trecho, esperando á cada momento ver salir á su marido : pero éste no se movía, como si saborease el placer de dar un mal rato á su mujer, felicidad de que solo gozaba en señaladas ocasiones, por el poco ó ningun caso que ella hacía de todo cuanto se relacionaba con él.

Por fin, cansada de esperar, y notando tambien que aun no habia salido la criada á quien encargaba pasar á casa de Paulina, Elvira dejó la antesala con el objeto de recomendar á aquella nuevamente el cumplimiento de su delicada é interesante comision.

A su vuelta encontró á Castaños instalado en un sofá.

Aquello era desesperante : y Elvira estuvo á punto de retirarse á su cuarto devorada de ira y de impaciencia.

Pero su marido, que parecia estar resuelto á romper de golpe con sus hábitos y costumbres ordinarios, la dijo con desusada amabilidad :

— Quieres, Elvira, que vayamos á dar un paseo.

Elvira le miró sorprendida.

— Hacemos poner el coche, continuó aquel, y despues de dar una vuelta por la alameda, te acompañaré á donde quieras.

Elvira estaba á punto de creer que su marido habia perdido el juicio, así es que no contestó.

— Qué te parece? prosiguió Castaños.

— No estoy de humor de pasear, ni de ver gente, replicó entónces la jóven.

— Pues iremos á la quinta : nada nos cuesta, repuso Castaños con el aire de quien resuelve una cuestion difícil.

Aquellas palabras hicieron temblar á Elvira de la cabeza á los piés : una palidez mortal cubrió su rostro ; la sangre pareció paralizarse en sus venas, y por la vez primera se sintió débil y atemorizada delante de su marido, creyendo acaso que este pudiera haber adivinado lo que ella no habia confiado á nadie y que persona alguna podia conocer.

Castaños mismo vino, sin saberlo, á sacarla de esta penosa situacion, diciéndola :

— Veo que tampoco estás dispuesta á aceptar esta invitacion ?

— Nó, contestó Elvira, no es que no esté dispuesta, es que hoy no nos seria posible ir á la quinta.

— Si, tendríamos tiempo de sobra : las tardes son tan largas.

— Si, pero.....

— No tienes ganas de salir.

— Lo que no tenemos son las llaves, que se llevó el jârdinero á la chacra.

— Ah ! no sabia.....

— Si, se fué hoy á arreglar la arboleda.

— Siendo así, me voy á dar un paseo, dijo entonces Castaños dirijiéndose á su cuarto para tomar su sombrero.

Ya era tiempo ; porque Elvira, pasado el primer instante de lo que ella llamaba en su interior debilidad, aunque otros talvez le darian un nombre más apropiado, sentia renacer su impaciencia, y comenzaba á buscar algun pretesto para alejarse.

Así es que apenas vió salir á su marido corrió á su cuarto, en donde se puso un manto, casi sin mirarse al espejo, y salió á su vez á la calle, como recatándose de las miradas de todos, hasta tomar el primer carruaje que encontró al paso.

X.

En el momento en que Elvira tomaba el coche, Castaños, que pasaba casualmente por la misma calle, creyó reconocerla á la distancia.

Con todo, dudando de lo que veia, se dijo á sí mismo : « Nó, es imposible, si acabo de dejarla en casa, y no pensaba en salir. »

A pesar de esta reflexion, y sin saber lo que hacia, volvió sobre sus pasos, como si se encaminara á su casa.

« Ni adonde podia ir á estas horas, en un coche de posta, y en esa direccion? » continuó pensando. Debo haberme engañado. »

Sin embargo aceleraba el paso, como si estuviese interesado en llegar pronto.

Con todo, Castaños no era celoso, ni se le ocurría siquiera en aquel instante sospechar de su mujer, á lo ménos de la manera que pudiera presumirse por lo que llevamos dicho.

Otro era el móvil que guiaba, no diremos sus sospechas, sino sus instintos ; y aunque nos cueste decirlo, ya que en ello nos hallamos, debemos declararlo.

Castaños, como lo hemos dicho, era jugador. Buscando acaso lo que no había encontrado en su hogar, ó lo que es mas probable, dejándose arrastrar por las tentaciones que su vida de ocio le presentaba en todas partes, había comenzado, como tantos otros, por buscar en el juego la manera de matar algunas horas, y las emociones que la estrechez de su inteligencia y la esterilidad de su corazón, le estorbaban hallar en algo mas noble y digno de las facultades y el interés de un hombre.

Al principio, el juego fué para él una entretencion, que es cierto nada tenia de inocente; pero que era al fin una entretencion; para pasar despues á ser aficion decidida y mas tarde desenfrenada pasion.

Victima en los comienzos, hasta que había *aprendido á jugar*, segun la espresion consagrada para designar al que de *novicio* pasa á ser *maestro* en el arte de *desplumar* al prójimo con *toda habilidad*, era en la época de que hablamos un jugador consumado: es decir que, dominado por tan funesta pasion, había perdido ya toda delicadeza, (si es que la había tenido), excepto aquella que los jugadores conservan casi siempre entre sí, cuando se trata de pagar las deudas contraidas al juego, en lo que si bien se mira, obran por propio interés, y no por honor ni delicadeza.

Ahora bien, Castaños, en el dia de que nos ocupamos, se encontraba en uno de esos criticos momentos, en que un jugador, para proporcionarse dinero, no retrocede ante consideraciones de ningun género.

La desusada amabilidad que le vimos desplegar con Elvira, tenia un objeto muy diverso del que ella le atribuyó por un momento, y del que supusimos nosotros mismos diciendo que sin duda en la noche anterior habria hecho alguna buena ganancia.

Era todo lo contrario: Castaños había estado de mala suerte, y una suma no despreciable había pasado de su bolsillo al de sus amables compañeros, quedando además empeñada su palabra por otra no muy pequeña.

Pero esto no era todo: se encontraba arruinado metálicamente hablando; y como su orgullo y el interés de su crédito le aconsejaban no vender ó gravar, por el momento, alguna de sus propiedades, había discurrido un medio que, aunque no original, ni menos decente, podía sacarle de embarazos proporcionándole el dinero de que había menester para cubrir su crédito, y tentar de nuevo la suerte.

Este medio consistia en tomar, solo por una noche, como él se decia á si mismo, las alhajas de su mujer.

Ademas estaba seguro de que Elvira ni siquiera alcanzaria á notarlo, porque había tenido durante todo el dia la corazonada de que, en esa noche, no solo recuperaria lo perdido en la anterior, sino de que al siguiente nadaria en oro y plata y pagarées á la vista.

De aqui nacia su empeño por alejarla de casa, y la esperanza con que volvia á ella, casi sin darse cuenta de lo que hacia, despues de haber creido reconocer á Elvira.

Por lo tanto, lo que él temia no era encontrar que hubiese salido, sino que no lo hubiera hecho.

Asi su placer fué grande cuando vió que su mujer le dejaba libre el campo para poder sin inquietudes poner en obra su proyecto.

Antes, con todo, trató de asegurarse de que no estaba en casa; y una vez convencido de ello, tomó con mano temblorosa de una cómoda las llaves de un gran ropero de espejo, dentro del cual, en su cofrecillo de acero, guardaba Elvira sus brillantes.

A pesar del temblor nervioso que agitaba todo su cuerpo, ejecutó la operacion con destreza y celeridad, como si no fuera aquella la primera vez que lo hacia, volviendo á cerrar el cofrecillo y el ropero cuando la hubo terminado, despues de guardar en sus bolsillos el contenido del primero.

Pero en el momento de dejar en su lugar las llaves que tomó de la cómoda, el ruido que hizo al abrirse la puerta del cuarto en que se hallaba, le hizo volverse hácia ella como movido por un resorte, temblando como paralítico y pálido como un cadáver.

La que entraba era la criada que hemos visto con Elvira.

Su sorpresa, al verlo fue casi tan grande como la de él mismo, y ambos guardaron silencio por algunos segundos.

Castaños, sin embargo, comenzó á recobrase cuando vió que no era su mujer: una criada no podía estrañar mucho verle en ese sitio.

— Y tu señora preguntó Castaños, con un acento cavernoso y trémulo que tenia algo de la solemnidad de una acusacion.

Esta pregunta acabó de trastornar á la criada, que se imaginó que Castaños había descubierto, ó sospechaba por lo menos que su mujer no andaba en muy buenos pasos, como talvez lo sospechaba ella misma.

- Señor..... yo no..... sé, contestó balbuceando.
 — Ha salido?
 — Sí, señor.....
 — Cómo dices entónces que no sabes?
 — Así es, señor, no sé.
 — Pero la viste salir?
 — Sí, señor.
 — Y á donde fué.
 — Quien sabe, señor; me parece....
 — Acaba: que es lo que te parece?
 — Nada, señor.
 — Y que venias á hacer aquí?

Esta pregunta acabó de trastornarla, su conciencia talvez no estaba muy tranquila. Sin embargo, pudo al fin replicar diciendo:

- Yo, señor, venia á arreglar el cuarto.
 — Con qué á arreglar el cuarto?
 — Sí, señor.
 — A estas horas?
 — Sí, señor.
 — Y no sabes á donde iba tu señora?

La criada pareció aliviada de un grave peso, al oír esta nueva pregunta, que volvía á dar al interrogatorio su primitivo giro, apartándolo de lo que á ella le tocaba mas de cerca; así es que contestó inmediatamente, con la esperanza talvez de apartar de su cabeza la tempestad que la amenazaba, aunque esta se descargara en la de su señora.

- Yo creo, señor, que iba á la quinta.
 — A la quinta?
 — Sí; señor.
 — Si el jardinero se fué á la chacra con las llaves.
 — Yo no sé, señor.
 — Sí, tú debes saber!
 — Sí, señor, se fué á la quinta.
 — Te lo dijo al salir?
 — Nó, señor; pero cuando me mandó.....
 — A dónde?
 — A ninguna parte.

Estas contestaciones comenzaron á excitar sospechas en el ánimo de Castaños.

- No lo quíeres decir?
 — Sí, señor, ahora me acuerdo; á casa de la señorita Paulina.
 — Y á qué te mandó?
 — A decirle..... nó, á llevarle una carta.
 — Qué tú llevaste á qué hora?
 — Bien serian las tres..... sí, fué despues que la señorita Paulina estuvo aquí.

Esta respuesta despertó nuevas dudas en el espíritu de Castaños. ¿Por qué Elvira escribía á Paulina despues que habia estado con ella, á lo ménos segun él presumía? Por qué le habia negado á él que iba á salir, cuando, segun lo que decia la criada, tenia esa resolucion desde temprano?

En esto, sin duda alguna, se encerraba un misterio; y aunque Castaños no era de los que se inquietaban mucho por las acciones de su mujer, no dejaba de parecerle extraño lo que ocurría.

Por otra parte, como lo hemos visto, acababa de cometer una accion, capaz por si sola de darnos la medida, tanto de su dignidad, como del sentido moral de su conciencia, y que, quien tal hace, bien no piense, es harto lógico y natural, para que insistamos en demostrarlo, manifestando los pensamientos que fueron, sucesivamente, presentándose á su imaginacion.

Basta ademas á nuestro objeto resumir el resultado de su tan corta como desusada meditacion diciendo que, sin saber á punto fijo de que, ni porqué sospechaba, resolvió ir á la quinta, y averiguar por lo menos, si era ó no verdad que Elvira habia tambien tomado ese camino, entrando por mucho en esta resolucion la esperanza de sorprender á su mujer en una falta, que no tuviera nada de grave por supuesto, pero que le proporcionara algunas ventajas para el caso probable de que ella se apercibiese de la accion de su marido.

Mientras en tales cosas pensaba, se habia olvidado de la criada, la que aprovechándose de su distraccion se encontraba ya en el umbral de la puerta, cuando Castaños la detuvo con estas palabras:

- Con que tú dices que Elvira fué á la quinta?
 — Yo no estoy segura pero creo que sí.

— Está bien. Vete á dentro, y cuidado con salir á ninguna parte.

Hecha esta última recomendacion, que estorbaba á la criada cumplir con la comision que le habia encomendado Elvira, Castaños salió con el ánimo decidido de ir á la quinta.

(Concluirá.)

Voces imparciales

Sin comentarios de nuestra parte, reproducimos gustosos el siguiente artículo de la *Revista Financiera* — dice así :

La situacion

¿ La situacion !

Esta palabra nos hace jemer.

El timon del Estado se ha vuelto un geroglífico.

Se ha vuelto una fantasia.

Habeis vendido, habeis enagenado, habeis tomado algun préstamo y en a partida jugais el resto.

Habeis gastado el producto bruto y el producto neto, el fondo y hasta la caja.

Decis á las Cámaras que el Estado ya nada posee, que su crédito ya no tiene otra hipoteca que.....el patriotismo.

Y el patriotismo, á donde está ?

Quereis enagenar la emision menor, *la base de la transformacion del crédito del pais.*

¿ Comprendeis siquiera la importancia de la emision menor ?

No.

Quizás mañana, vengais á proponernos la movilizacion del suelo !

Un partido se proclama partido liberal.

Otro partido se titula partido nacional.

Ello quiere decir que la ley de la reciprocidad está violada.

En otros términos : es el círculo vicioso puesto en práctica.

Andais sobre la cabeza y hácia atras.

Con vuestro balance probais que el Gobierno no es posible en adelante sino por una renovacion de las instituciones, y tal es la alternativa para el pais.

O la union ;

O el anonadamiento de la nacionalidad oriental.

Mientras tanto, la rueda gira sobre su eje infernal.

Los intereses generales, los verdaderos intereses del pais, se sacrifican á las ambiciones vulgares.

El Gobierno de un Estado, á nuestro entender, debe ser el servidor, el esclavo de los intereses generales y del capital.

Organiceno como se quiera, con tal que en lugar de mandar, él sea quien obedezca.

La República Argentina nos presenta el espectáculo de una gran transformacion social y económica.

Convencion Nacional ;

Reforma de la Constitucion ;

Banco Nacional ;

Crédito hipotecario ;

Ferro-carriles ;

Empréstitos destinados á grandes obras públicas.

La República Oriental, nos pone de manifiesto el cuadro triste, y aflictivo :

Desunion ;

Guerra civil ;

Bancarota ;

Y papel moneda en perspectiva !

Vamos ! Los que vean en las precedentes líneas, otro móvil que el de los intereses generales y económicos del pais, mostrarán muy mal carácter.

Lo que envuelve el triunfo del Gobierno actual

Muy pocos años contamos sobre nuestra cabeza, pero no es la primer vez que vemos á todo un partido político, embriagado con el estruendo de las músicas, de los cohetes y de los repiques, cantar una victoria prematura, incierta, que poco despues se ha convertido en gran desastre. Algun beneficio ha de traer el eterno vaiven revolucionario en que vivimos ; se adquiere muy temprano la esperiencia, y con ella hay una brújula para guiarse en el torbellino de las tempestades políticas !

Todo lo que en estos momentos se hiciese para apartar la influencia de esa embriaguez que anticipa triunfos lejanos y difíciles : todo lo que se tratase de hacer ver los elementos de lucha que aun se ajitan sobre la sangrienta arena del combate ; todo lo que se dijese para demostrar que la contienda se produce y se prolonga y se perpetúa por la fuerza de profundas causas morales que, lejos de destruir, exita el triunfo violento de las armas : todo, en fin, lo que se haga, trate y diga en honor de la verdad, de la razon y del buen sentido, seria ineficaz y nulo ante el fanatismo de los empecinados que no quieren juzgar las cosas sino por las exageraciones ó mentiras de los partes oficiales, y por el bombo de la última hora de los diarios !

Abandonaremos, pues, ese terreno estéril, y dejaremos que los sucesos vengan a presentar la realidad a los desgraciados sonámbulos de la victoria definitiva e inmediata.

Mientras tanto, sigamos las fantásticas creaciones de ese sonambulismo, y estudiemos los beneficios que el país lograría ganar con su más completa y eficaz realización.

En medio del profundo caos de ideas, de aspiraciones y tendencias que vemos en la situación actual como otras tantas corrientes que se chocan y combaten entre sí, no es difícil percibir un centro de gravedad que lucha a su vez por atraerlas a un estado en que se verifique el equilibrio, y la recíproca y justa limitación de sus fuerzas. Esa atracción se hace sentir sobre todas ellas a la vez, pero como cada una solo quiere ceder al movimiento con exclusión absoluta de las otras, todas se encuentran a la vez paralizadas respecto de la acción central, y el combate continúa desafortunadamente entre ellas.

Dejando a un lado las metáforas, que lejos de aclarar, complican el asunto en casos tan evidentes como el nuestro, es indudable que todo el elemento pensador y todo el elemento sano de los partidos en pugna, así como los espectadores del duelo tradicional que se debate, reconocen la suprema necesidad de hacer efectiva una política generosa, liberal, patriótica, elevada, y previsorá que asegure a todos el goce tranquilo de los derechos individuales y la participación legítima en los negocios públicos, que acometa con valentía la empresa de tantas trascendentales reformas como reclama nuestro ser político-administrativo, utilizando para esta obra regeneradora y vital, todos los buenos elementos que el país tiene, sin distinción de partidos ni de círculos, con absoluta prescindencia del pasado y sus recuerdos sangrientos.

Hé ahí lo que ha llegado a convertirse en verdadera aspiración y necesidad de nuestra época. Con más ó menos amplitud, no hay uno solo que deje de reconocerlas formalmente. Los más obstinados partidistas confiesan que a ese ideal necesitamos encaminar nuestros pasos. Tan es así, que cada una de las agregaciones políticas en que hoy puede considerarse sub-dividida la República, acaricia la realización de tal programa, aunque por caminos tortuosos y exclusivos, donde se dispersan y extravían las fuerzas que deben coadyuvar a un fin común.

Los que desde fines de 1870, vienen pugnando por una solución cuyos

dos términos son el *Gobierno mixto* y la *Convención nacional*, no aspiraban a otra cosa que a unir esas fuerzas dispersas y extraviadas, colocándolas de lleno en el camino que deben tomar para la realización de sus fines. El pensamiento era audaz, grandioso, verdaderamente revolucionario; por el momento, la fuerza de las bayonetas lo ha anulado, pero tenemos derecho a preguntar si la solución triunfante, si la solución de guerra nos conduce ó nos acerca al menos al gran *desideratum* nacional — abolición de los gobiernos de partido — no más gobiernos para engordar partidos, sino partidos para organizar buenos gobiernos — derechos individuales garantidos, y participación de todos en la cosa pública — libertad y soberanía efectivas — todos los orientales con derecho a ser felices y a contribuir a la felicidad de la patria.

Supongamos que el Gobierno del General Batlle alcanza el triunfo y examinemos con imparcialidad lo que ha triunfado.

Algunos han dicho — si señor! — han dicho que el Gobierno del General Batlle representa en esta lucha el principio de la autonomía nacional.

Justo es decir que de todos los sofismas fraguados para sostener la causa del Gobierno, este ha sido el que menos circulación ha tenido entre los partidarios. La extravagancia no es todavía una moda de nuestras costumbres sociales, para que así se tome por los cabellos el significado de los acontecimientos políticos, ó no está la conciencia pública bastante pervertida para que sirva al comercio de las ideas moneda tan grotescamente falsa.

El cuarto no mentir, dice la ley divina!

Cuando el Gobierno del General Batlle se proclama a cada paso heredero de la dictadura de Flores, y la dictadura de Flores fué obra de la invasión extranjera, forzoso es tener un tanto recidido de descaro para proclamar a todos vientos que el Gobierno del General Batlle representa el principio de la autonomía nacional!

Con esta pretensión, corre pareja, la de que el Gobierno del General Batlle representa el *principio de la ley*, cosa que ha sostenido el General Mitre con su flema y su imparcialidad características.

Ocorre desde luego preguntar: ¿fué ley la invasión de Flores en 1863? ¿Fué ley la invasión brasilera en 1865? ¿Fué ley la dictadura de tres años? Fueron ley las elecciones canónicas de 1867? ¿Y será todavía ley el producto informe de tan admirables leyes?

No creemos sin embargo en la herencia del pecado original; con todos sus vicios y con todas sus imperfecciones naturales, el gobierno del General Batlle, pudo ser el gobierno de la ley; bastaba para ello que se hubiese consagrado á obedecerle y á radicar su imperio.

Ha sucedido lo contrario por desgracia. En este gobierno de la ley, ninguna ley se ha cumplido. Ni la ley del Presupuesto, por el constante desorden de la administracion; ni la ley militar, por la prodigalidad de ascensos vejatorios ó ridiculos; ni la ley civil, por la promulgacion de códigos retroactivos; ni la ley económica, para el falseamiento del régimen bancario; ni prescripcion alguna de la ley fundamental, por el insoportable estado de arbitrariedad y de anarquía en que ha vivido el país cuatro años!

Si el simple hecho de darse un hombre el título de Presidente, y otros hombres el de Cuerpo Legislativo, y otros el de Poder Judicial, basta para constituir el sagrado gobierno de la ley, no tenemos mas que conversar; proclamad que el hecho es todo, y el derecho nada; encadenadme, como decia Mirabeau, pero no me fastidiéis!

No se habla seriamente cuando se dice que el General Batlle representa el principio de la autonomia nacional ó el principio de los gobiernos de la ley.

Raciocinan algunos de otro modo.

El país se encuentra cansado de las revoluciones y quiere á todo trance consolidar la autoridad, con sus vicios, con sus defectos, con sus inconvenientes, pero autoridad al fin. El triunfo de D. Lorenzo Batlle, es el triunfo del orden que se impone á despecho de todas las resistencias personales, como suprema necesidad que se reconoce y que se acepta para vencer una vez por todas el fatal espíritu de revuelta.

No piensan tan desatinadamente los que así establecen su defensa del Gobierno actual; esa teoría tiene apariencias de verdad y de buen sentido práctico; responde al sentimiento que los intereses conservadores de la sociedad han revelado en todas nuestras convulsiones políticas; pero no es el fiel traslado de las causas que han dado elementos de resistencia y de triunfo á D. Lorenzo Batlle.

El partido colorado, que subió al poder por la revuelta, no quema hoy lo que adoraba ayer ni adora lo que ayer quemaba. El derecho de insurreccion, ese partido no lo abdica; lo niega al partido blanco,

pero se lo reserva á sí mismo en todo caso. Lo que se ve en el fondo de la actualidad, no es que todo gobierno es bueno ó preferible á las revoluciones, sino que todo gobierno colorado es preferible al triunfo del partido blanco.

La cuestion es de divisa, y no de autoridad ni de orden público.

Ninguno de los círculos en que el partido colorado se divide, estaria dispuesto á declarar que renuncia á los medios violentos para alcanzar sus fines — Todos ellos se reservan el camino de la revolucion contra el partido blanco, y contra sus enemigos internos respectivamente; Suarez no está dispuesto á tolerar á Bustamante, por simple amor al orden, ni Bustamante á Suarez ó á Torres, ni Torres á Suarez ó á Bustamante, y así sucesivamente en la infinita sub division de las enfermedades que componen la epidemia reinante.

¿Qué resulta, pues? Que los colorados vencen á los blancos; pero que el principio de autoridad, la idea política del orden, nada tiene que ganar en la partida. Eliminado Aparicio de la lucha, empieza la revuelta entre los colorados, y el país se encuentra en la misma situacion que antes.

Se ha dicho también — y qué disparate no se ha dicho en este mando! — que el triunfo de D. Lorenzo Batlle representa el triunfo sobre el caudillaje, el triunfo de la civilizacion sobre la barbarie.

Como todo lo demás, esta es una mentira, á mas de ser ingratitud.

Si entre los vencidos figuran caudillos como Aparicio, Mumiz, Benites, Pereira, Pampillon, etc., también entre los vencedores están Enrique Castro, Borges, Coronado, Ximenez, Galarza, etc., que no son otra cosa que caudillos.

Valerse del caudillaje y despues decir que sobre el caudillaje se ha triunfado, no es hablar la verdad ni proceder con honradez.

Caudillos han estado luchando contra caudillos, y el caudillaje se encuentra del mismo modo en las filas de los vencedores que en las filas de los vencidos, sean cuales sean los que consigan hacer suya la victoria.

El rol que la infantería ha tenido en esta guerra, no cambia fundamentalmente la cuestion, porque ese rol lo tiene desde nuestras guerras civiles primitivas.

Hace mucho tiempo que la lanza del caudillo, como la lanza feudal, se quebró en los cuadros de la infantería de línea; pero el caudillo no

desaparece de nuestro suelo, ni desaparecerá mientras la guerra civil abra campo á sus desordenadas ambiciones.

Búsquese lo que se quiera para legitimar el triunfo absoluto del gobierno, y se rodará infaliblemente en un círculo vicioso de ficciones sin fundamento, ni realidad ni vida.

Autonomía nacional, legalidad, suprema necesidad del orden, lucha contra el caudillaje etc., toda esa fraseología hueca desaparece ante la verdad palpitante de las cosas.

El duelo ha sido entre dos bandos, y el triunfo del Gobierno solo representa el triunfo de un bando sobre otro.

Por una divisa se ha luchado, y es una divisa la que vence.

O ellos ó nosotros, así lo declaran formalmente los hombres de buena fé que no quieren engañarse á sí mismos ni engañar á nadie.

Si la paz ha fracasado, no es por la necesidad de salvar un principio ó un elemento social; ha fracasado, por no poner en peligro las posiciones oficiales de un partido.

En nombre de esas posiciones oficiales, se ha hecho correr la sangre, se ha malgastado el oro, se ha puesto en peligro á la Nación.

La máxima que ha imperado en esta guerra, es la del partido antes que todo; esa máxima es la que puede alcanzar una suprema consagración por la victoria.

El Gobierno actual triunfando, no es sino un partido que triunfa, y otro Gobierno de partido que se lega al desastroso porvenir del país, con todos los resabios y rencores de una nueva lucha.

Queda burlada la gran aspiración de nuestra época, con la preponderancia de esa política funesta que pone á la patria al servicio de un partido, en vez de poner á todos los partidos al servicio de la patria.

Alentado por este ejemplo victorioso, si D. Lorenzo Batlle dijo al subir al mando que gobernaría con su partido y para su partido, el futuro Presidente nos dirá que está dispuesto á gobernar con su círculo y para su círculo, mientras no llega otro que venga á gobernar con su familia y para su familia.

Necesitábamos disipar el negro fantasma del pasado, y con todo ese fantasma es que se triunfa.

Necesitábamos amalgamar las fuerzas que pueden cooperar al bien, y con la imposibilidad de un amalgama se argumenta para justificar el triunfo.

Necesitábamos levantar el país por el país, y lo vemos hundirse bajo la dominación de una de sus fracciones exclusivas.

Por ese camino retrocedemos mucho; nos colocamos de nuevo al principio de la *Guerra Grande*!

Con toda seguridad de conciencia podemos decir que el triunfo absoluto del Gobierno actual, es una verdadera calamidad nacional, porque aleja indefinidamente el triunfo de la única política que puede salvar á la República.

Los Palmares

NOVELA ORIGINAL DE CARLOS MARIA RAMIREZ

TERCERA PARTE

(Continuación.)

III.

— Ni una palabra quiero oír, exclamó Eduardo, así que su Mentor estuvo cerca.

— ¿Luego supones que vengo á dirijirte algun reproche? preguntó Luis sonriendo.

— Si como te conozco amigo de inmiscuirte en todo lo que no te importa.....

— Ah! te estás poniendo en guardia, por que te acusa la conciencia y la lijereza te traiciona!

— No quiero escuchar acusaciones; hice el disparate y ya está hecho; todo lo que me digas es inútil.

— Bien lo veo, amigo mio; contra la cosa juzgada no hay apelación que valga; tú la hiciste y tu la pagarás.

— ¿La pagaré?

— La pagarás!

— ¿Porque la he de pagar?

— Tú lo has de saber mejor que nadie.

— Lo dices porque me ves con el semblante contrariado; en efecto, cómo ocultar que estoy haciendo un sacrificio? Se me figura que me miran todos y me ponen por delante el livido espectro de mi padre.

— Eso es lo de menos! exclamó injenuamente Luis.

— ¿Cómo lo de menos? preguntó Eduardo sorprendido.

— No es un espectro lívido lo que vá á ponerte por delante la crítica universal del baile; es una figura encantadora y risueña que se burla de tu febril entusiasmo en los amantes brazos de un rival.

— Explicáte.....

— Pues qué! no comprenderá la jente que has venido al baile recién llegado del campo, atropellando todas las consideraciones sociales, por encontrarte con la ingrata y veleidosa Adela?

— Eso es precisamente lo que he querido evitar á todo trance; Adela no será ingrata ni veleidosa en mi presencia; por eso estoy aquí: Cómo hubiera salido yo á la calle, al día siguiente de este baile, si no viniese á jugar el todo por el todo en esta noche.

— Qué error, qué error tan garrafal! repuso Luis llevando la mano á la cabeza.

— Error... error? ¿porqué? replicó Eduardo impacientado.

— ¿Pues no comprendes que ningun momento es mas desfavorable para rescatar el corazón de Adela, como el momento en que te cubres de ridículo á la vista de todos los presentes? Ella comprende que todas las miradas van á encontrarse fijas en vds. dos, y no hay mujer en el mundo, por enamorada que se encuentre, que renuncie voluntariamente al supremo goce de manifestar un desden que todos van á comprender y á celebrar en un gran baile. ¿Porqué renunciaría Adela á ese placer? La prueba de amor que tú le das parece probar que tu corazón es suyo, como un juguete es de un niño, y con la seguridad de poseerte siempre, ella no verá inconveniente alguno que le impida estimular tus sentimientos con el aguijón terrible de los celos.

— ¿Has concluido? dijo Eduardo con cierto arranque de impaciencia.

— Voy á concluir, respondió Luis; y mi conclusion es esta: lo mejor que puedes hacer es retirarte; pocas personas se han fijado en tí; si alguien asegura que has estado, sostendré á capa y espada que es mentira, y como lo contrario tiene tantos visos de inverosímil, y de absurdo, me creerán sin vacilar un momento. Vete.

— Llevo segura la partida, dijo Eduardo y se lanzó al medio del salón con aire de resolución algo forzada.

Luis no pudo menos de mirarlo con lástima en aquel instante.

Circunstancias diversas se habian complotado aquella noche para dar á Eduardo el aspecto de un poeta romántico, pobre y desgraciado.

No habia tenido tiempo de afeitarse, y la pelusa criada durante los tres días de viaje, afeaba singularmente la natural amarillez de su rostro. Para desenredar sus cabellos ensortijados y cubiertos del polvo del

camino, habia tenido que empaparse la cabeza, y así sus habituales bucles caian como seda desflocada hasta la mitad del cuello.

Todo lo habia encontrado mal para el *toilette*; pues el cachafaz del negro habia hecho cruzada libertadora en sus armarios.

La camisa era bastante antigua; el cuello estaba grande; la corbata un poco turbia; el frac ajado; los pantalones con *rodilla*, y los guantes no tenian, á decir verdad, ni aproximadamente la tersa blancura del eisne.

Estos contratiempos materiales habian mortificado á Eduardo, pero no bastaron para hacer cambiar su resolución inquebrantable.

A todo trance, habia querido ir al baile, y ya se encontraba en él. Todos lo miraban con sorpresa, pero una vez lanzado al torbellino Eduardo ya no veia á nadie; estaba ciego.

Muchas parejas hacian el ademán de saludarlo, y hasta le dirigian algunas palabras de cariño; pero Eduardo no atendia á nada; estaba sordo.

Al fin, como sucede siempre en esos casos, despues de mirarlo unos con burla y con impertinente compasión los otros, nadie se fijaba en su figura estraña, y Eduardo pudo con libertad buscar lo que le interesaba en el baile.

Despues de mucho rato que empleó Eduardo para recorrer el salón de punta á cabo, y cuando ya empezaba á desesperar de su empresa, llamó su atención una pareja que parecia descansar, sentada en un elegante canapé, que los dueños de casa habian tenido la maligna idea de colocar entre dos puertas, cuyas abulladas cortinas le formaban una especie de gruta nebulosa y comprometedora.

Eduardo se acercó.

Era en efecto Adela que reclinada con insolente gracia, se hacia echar viento y lisonjas por Eugenio.

Las mujeres aunque esten dormidas saben cuando se les acerca el hombre que las ama; Adela, que tenia muy desarrollados todos los instintos femeniles, se apercibió de la presencia de Eduardo en el instante, sin que pudiese este comprenderlo, y siguió en la mas completa distracción mirando con interés á su galante compañero.

Eduardo hizo un violento esfuerzo sobre su propia voluntad, y caminó con aparente calma hácia aquel maldito canapé que hubiera deseado hacer pedazos sobre la cabeza feliz de su rival.

— *Voyez donc* — ¡ exclamó Eugenio con donaire, al ver apróximarse lo que él llamaba un *tiporaro*.

Oyóle Eduardo ó involuntariamente le dirigió una significativa mirada.
— ¡Sabe frances! se dijo con sorpresa Eugenio, mientras Adela volviendo de su abstramiento simulado exclamaba con afectación encantadoramente insoportable;

— Ay!.... Eduardo..... si todavía lo miro y me parece que no lo reconozco!

Eduardo oprimió la mano de Adela, y no acertó á decir una palabra.

— Qué sorpresa! continuó la jóven, despues de haber visto que no era posible hacer una presentacion formal entre los dos rivales, porque al escuchar el nombre del recién venido, Eugenio se habia puesto á examinar el paisaje del abanico que tenia en sus manos y Eduardo desde el principio habia tomado una posicion donde quedaba dando media espalda á Eugenio; que sorpresa! repetia Adela; estoy segura de que nadie contaba con que Vd. viniese al baile.....

— Lo creo! balbuceó timidamente Eduardo.

— Si nadie sabia en Montevideo cual era su paradero ni su vida; decian algunas cosas tan raras sobre V.!

— Si! de todas las personas se dicen tantas cosas!

— Por supuesto! eso mismo se nos ocurría en casa,.... y á propósito — ¿no ha saludado V. á mi mamá?

— No, Adela; no me ha sido posible verla todavía.....

— Vámonos á saludarla.... ¿quiere V.?

— Vámonos.....

Y Eduardo, alentado por las palabras de reproche que habia creído encontrar en la conversacion de Adela, le ofreció con toda seguridad el brazo.

Eugenio tambien se habia levantado de su asiento, y contemplaba á la jóven con la confianza impasible del triunfo.

Adela miró alternativamente á sus solicitadores, y en seguida, tomando el brazo de Eugenio, se dirigió á Eduardo, diciéndole con amabilidad primorosa:

— Vd. irá á mi lado, para que no se pierda.....

— Eso es, contestó Eduardo con una sonrisa tan violenta, que Eugenio inclinó la cabeza como compadecido del abatimiento en que se encontraba su rival.

II.

El tiempo que se empleó en buscar á Misia Rosaura fué un martirio insoportable para Eduardo, que se creía, al verse como escolta de su ve-

leidosa amada, objeto de todas las miradas y de todas las burlas del baile.

Adela lo comprendia así, y parecia complacerse en agravar las mortificaciones del jóven; ya se cargaba dulcemente sobre el brazo de Eugenio, lanzando uno que otro tiernísimo suspiro, y ya se detenia preguntando á las personas que encontraba al paso:

— ¿No ha visto Vd. á mi mamá?..... Aquí le llevo este caballero, para que tenga el placer de saludarlo.....

Eduardo sentia encenderse el rostro por la cólera, y seguia precipitadamente su camino.

— No se vaya tan lejos, exclamaba Adela entonces, y Eugenio la abanicaba con una satisfaccion que trascendía en sus mas leves gestos.

Fué difícil dar con Misia Rosaura, porque Adela se guardaba de pasar por donde creía poder hallarla fácilmente, hasta que el mismo Eduardo la vió sentada en el sofá donde momentos antes estaba conversando con Eugenio.

— Sabes que nuestro amigo Eduardo está en el baile, dijo Adela adelantándose hácia su mamá.

— Ya lo he visto! respondió Misia Rosaura, pudiendo apenas contener la risa.

— Señora..... tartamudeó Eduardo, estendiendo su mano en la mas completa turbacion.

— ¿Cómo le ha ido á V. Eduardo? repuso Misia Rosaura con acento de interes exagerado.

— Bien, muy bien, señora, respondió Eduardo, sin saber en verdad lo que decia.....

— Qué felicidad! exclamó Misia Rosaura, dirigiendo á su hija una mirada de observacion burlona.

— ¿Has visto, mamá, dijo Adela despues de haber contestado con una sonrisa á la mirada de Misia Rosaura; cómo está cambiado Eduardo; ¿Tu no lo hubieses conocido?... ¿no es verdad?

— Pues no! hija! lo conocí al momento, y eso que no podía suponer que viniese á un baile con luto tan reciente.....

Estas palabras indiscretas merecieron á Misia Rosaura una mirada reprensiva de Adela, y Eduardo se mordió de rabia, creyendo que hasta iban á saltarle lágrimas á los ojos.

Eugenio se apercibió de que la situacion era violenta, y con la magnanimidad que en lides de amor dá frecuentemente la victoria, quiso cortar la conversacion, diciendo con su peculiar buen tono:

— Señora, Vd. no ha estado todavía en el *buffet*?

— No, Eugenio, todavía no.....

— Pero entonces, vá á perderse Vd. de lo mejor.

— Hay tiempo, iré mas tarde.

— Mamá, interrumpió Adela? porqué no pides á Eduardo que te acompañe, y vamos los cuatro juntos á la mesa?

Eduardo se quedó inmóvil sin decir una palabra, con la mirada baja y vidriosa, como un niño que se vé en aprietos.

Misia Rosaura lo miró de arriba abajo y permaneció en su asiento.

— Toma el brazo de Eduardo, mamá, continuó Adela con aire naturalmente alegre; Eduardo, ofrézcale el brazo á mi mamá.

Era imposible resistir aquella órden; Misia Rosaura salió del brazo de Eduardo, y Adela y Eugenio, tomaron con paso de polka la delantera hácia el salon donde estaba colocado el ambigú.

En el camino, encontraron á Luis que lo habia observado todo.

— ¿Tenia razon, ó nó? preguntó al oido de su amigo.

Eduardo le contestó dándole en el brazo tal pellizco, que Luis perdió todo su deseo de entrar en conversacion sobre aquel tema y dejó que siguiese su rumbo nuestro *quatuor*.

Llegaron al fin al ambigú. En el momento de sentarse, Adela hizo de modo que Eugenio y Misia Rosaura quedasen entre Eduardo y ella.

Misia Rosaura, rebozaba de amabilidad y estaba tan risueña, que á cada plato que le servia Eduardo soltaba una carcajada estrepitosa, diciendo poco mas ó menos:

— V. se ha propuesto hacerme reventar en este baile.

— Si no ha hecho V. mas que probar de todo, contestaba Eduardo, y empinaba en seguida una copa de Oporto ó de Jerez para calmar las dolorosas impresiones de su alma.

A veces, Eduardo se quedaba distraido y cabizbajo, como absorto en una meditacion gravisima-

— Cómo se conoce, decia entonces Misia Rosaura, que su compañera no es jóven ni bonita!

Eduardo volvía en sí, y, procurando reirse, ofrecia con instancia á la señora todo lo que encontraba á su alcance.

Mientras tanto, Adela y Eugenio comian, brindaban y conversaban en el seno de la mayor intimidad, dando lugar á que Eduardo, oyese decir á su alrededor que aquella era la *temporada mas escandalosa del baile*.

En medio de estos incidentes criticos, Misia Rosaura dijo á Eduardo.

— Pero V. no toma nada..... mala compañía para mí.

— Señora, he comido muy tarde, respondió Eduardo á la ventura.

— Sí, pero tambien me parece que está V. tomando demasiado vino.

— No, señora, tengo muy fuerte la cabeza.

— Sin embargo, V. antes no era así..... Talvez allá en su *Estancia* ha tomado esa costumbre de desechar las penas.....

— *De desechar las penas!* repitió Eduardo empinando una nueva copa de Oporto.

Apesar de la distancia, Adela seguía esa conversacion, y sea que quisiera interrumpirla ó que aspirase á realizar un nuevo plan de coquetería, se dirigió en ese instante á Misia Rosaura diciéndole con aire com-punjado:

— Mamá! me siento mal ¿ quiero retirarme.

— ¿ Ya ya? preguntó Misia Rosaura.

— Sí, ahora mismo.

— ¿ De aqui de la mesa, ó del baile?

— ¡ Quiero irme á casa! replicó Adela impacientada.

— Vamos, niña, dijo Misia Rosaura, levantándose.

Al escuchar estas palabras, un rayo de esperanza iluminó la fisonomia de Eduardo; pero Adela no tardó en pasar delante de él, lánguidamente apoyada en el brazo de Eugenio, que le hacía aspirar su oloroso pañuelo de cambrey.

Eduardo lanzó sobre ellos una mirada furiosa, y tomó el brazo de Misia Rosaura, temblando de los pies á la cabeza.

Una vez en la puerta del *toilette*, Eduardo hizo ademan de despedirse, pero antes de que pudiera efectuarlo, Adela le tomó la mano y le dijo cariñosamenté.

— No se vaya todavía.....tenga la bondad de acompañarnos....

— Sí, si, me quedo, respondió Eduardo, sin atinar á comprender lo que pasaba.

Mientras Adela y Misia Rosaura se arreglaban, y se despedían allí mismo de la señora de casa, Eugenio y Eduardo permanecieron en cada costado de la puerta, sin hablarse una palabra, ni mirarse, como hubieran podido estar dos desconocidos que esperasen por objetos completamente diversos.

Al cabo de un cuarto de hora (porque las despedidas de las mujeres duran mucho, sobre todo si alguna de ellas tiene quien la espere, y mas aun, si la espera mas de uno) Adela y Misia Rosaura aparecieron en la puerta del *toilette*; Adela iba adelante, al parecer repuesta de su descompostura, y sin vacilacion ninguna tomó el brazo de Eugenio, que se lo agradeció diciéndole con finura esquisita:

— Abríguese Vd. bien; que á la salida puede extrañar este *comfort*....

— ¿Que dice Vd.? preguntó Adela algo distraída.

— Qué se tape bien, porque en la calle hace frio, dijo Eduardo bruscamente.

Al escuchar estas pabras, Adela impulsó á Eugenio para que siguiese adelante, y Eduardo no tardó en verse del brazo de Misia Rosaura, custodiando siempre á la feliz pareja.

En los corredores, Adela se detuvo á despedirse de cuanto amigo y amiga encontró al paso; cada una de estas estaciones, hacia gemir de rabia y de dolor á Eduardo.

— Que carácter de muchacha! decía Misia Rosaura, como con intencion de ausiliar á su acompañante.

Estas indiscreciones de Misia Rosaura no hacian mas que agravar la situacion de Eduardo, que no podia ya refrenarse por mas tiempo.

Afortunadamente el coche esperaba en la puerta y aquel martirio iba á cesar.

Mientras subia Misia Rosaura, Eugenio hablaba en secreto con Adela; aquellas palabras imperceptibles taladraban los oidos de Eduardo.

Adela subió á su turno, no sin antes saludar á los dos jóvenes con una elegante cortesía, y Eugenio cerró la portezuela, cambiando algunas últimas frases con la preciosa jóven.

— Buena noche, caballeros, dijo Misia Rosaura desde adentro, y el coche se alejó al tardo paso de todos nuestros carruajes de plaza.

Eugenio volvió á subir al baile, donde permaneció una hora mas, tan alegre y divertido como antes; pero Eduardo se quedó como petrificado en la vereda.

— Dáme el número de tu sombrero, y yo te lo iré á buscar, dijo Luis acercándose á Eduardo con cariño.

— Me voy sin sombrero! es tan cerca! respondió Eduardo, tratando de dominarse ante la maligna presencia de su amigo.

— Vamos entonces, repuso Luis y echaron á caminar en silencio.

En esos momentos empezaba á clarear el dia, y la figura de Eduardo, quedaba singularmente iluminada.

— A decir verdad, exclamó de repente Luis, soltando una ruidosa carcajada, estás tan feo que bien merecido tienes lo que te ha pasado!

(Continuará.)

La semana política

Rumores sobre el caudillo Entreriano — Su concurso material para el partido blanco — Significado político de su invasion al país — ¿No está la mano del Brasil en este asunto? — Conjeturas y probabilidades — La guerra civil por la guerra civil no tiene término — Ilusiones de los colorados — Division y encarnizamiento de los círculos — Horizontes de la lucha electoral — Tres coaliciones en pugna — Ruina del partido colorado por su propio triunfo.

Un diario que quiere ser á todo trance noticioso, y que lo es en efecto, ha hecho correr en estos días que Lopez Jordan y numerosos entrerianos pasan al Estado Oriental en auxilio del movimiento blanco.

Se presenta este rumor con tales circunstancias de veracidad, que la opinion se ha preocupado justamente, entrando en los mas variados comentarios sobre este suceso inopinado que parece venir á trasformar la faz de nuestra guerra.

Sobre este punto, la *Bandera* ha formulado su opinion desde que se repitieron iguales rumores al ser vencida la insurreccion jordanista, y creemos que los tiempos y las circunstancias no han variado lo bastante para modificar aquel juicio.

Hoy como antes, creemos que ningun error mas grave cometeria el partido blanco, que solicitar el concurso de Lopez Jordan y sus secuaces.

En primer lugar, ese concurso poco vale bajo el aspecto de las conveniencias materiales.

En el suelo natal, defendiendo las susceptibilidades de la autonomia provincial y el orgullo de las tradiciones locales, Lopez Jordan representaba una idea, un sentimiento, una fuerza eminentemente popular; pero fuera de ese terreno único, la causa de Lopez Jordan es una causa muerta, irremisiblemente condenada por los pueblos.

Los hechos de la sangrienta revolucion de Abril, lo han demostrado á la evidencia.

En Entrerios, Lopez Jordan era invencible; invade el territorio de Corrientes y un Comandante de Guardias Nacionales lo derrota.

Ahora, aqui en la República Oriental — ¿qué representacion, ni significado, ni bandera, tienen los vencidos de la insurreccion entreriana?

Los entrerianos son valientes; pelean y mueren como bravos, cuando un sentimiento ó una idea los lleva á los peligros y sacrificios del combate; pero aquí, no tienen razon para pelear, no tienen razon para

morir ; llegada la hora decisiva, probablemente desertarian de un campo de batalla, donde se verian sin rol, sin mision, ni porvenir.

Aun es muy dudoso, que el prestigio de Lopez Jordan, alcance hasta arrastrar á los Entrerrianos para inmiscuirse en la guerra del Estado Oriental, porque los caudillos contemporáneos ya no tienen á los siervos de antes bajo su arbitrario vasallaje.

La posibilidad de que los blancos triunfen y paguen á Lopez Jordan su proteccion, es una esperanza demasiado remota, para que por ella los entrerrianos se decidan á dasafiar todas las contrariedades de una guerra en suelo extraño.

Lopez Jordan llevaria escaso auxilio material al movimiento del partido blanco, y entre tanto, le causaria muy graves daños politicos.

El partido blanco ha seguido durante la lucha actual una politica basada en estos dos intereses primordiales :

Alejar el recuerdo de los hechos anteriores al gobierno de D. Bernardo Berro :

Neutralizar, al menos, las simpatias de los gobiernos vecinos.

No podrá el partido blanco asegurar que ha hecho todo lo posible por llenar esos fines, pues su organizacion de hoy, con las únicas modificaciones producidas por la sucesion inevitable de una generacion á otra, es la misma que tenia en los primeros tiempos de la lucha tradicional ; y las conexiones con la causa que Lopez Jordan ha defendido, se dejaban siempre traslucir.

Sin embargo, en su propaganda, en sus documentos públicos y aun en la mayor parte de sus hechos, el partido blanco se esforzaba por alejar toda idea de conexion con un pasado remoto, y halagaba al Gobierno vanidoso de Sarmiento, con el reconocimiento de su infinita superioridad sobre el pobre Gobierno de D. Lorenzo Batlle.

Ahora bien, el concurso de Lopez Jordan y sus secuaces vendria á destruir de un golpe y de una manera ruidosa todos los trabajos de la diplomacia de partido, reproduciendo aparentemente la alianza con la federacion de Rosas y señalando al Gobierno Argentino todos los peligros que el triunfo de la reaccion entrañaria.

La verdad por una parte, y la explotacion por otra, sublevarian la opinion del Plata contra el partido blanco, y llegarian á justificarse en muchas partes las resistencias á una solucion de confraternidad y de concordia.

Todas estas consideraciones tan obvias, no pueden escapar á la sagacidad de los blancos ; y nos cuesta mucho creer que incurran en el suicidio político de introducir á Lopez Jordan entre sus filas.

La pasada de Lopez Jordan es falsa, á menos que intervengan en tan extraño asunto, influencias superiores, cuya accion permanece todavia oculta.

El hombre se agita pero Dios lo impulsa, decia Bossuet ó Fenelon ; nuestros partidos obran, pero el Brasil los mueve.

Si Lopez Jordan ha pisado el territorio oriental, no será mas que un instrumento de la politica imperial, que queriendo dar batalla decisiva á las dos Repúblicas del Plata, echa por delante su vanguardia sobre los territorios mas accesibles al incendio.

Se dice ya, que Lopez Jordan hizo su visita clandestina á Rio Janeiro, y regresó á la vecina provincia con una escolta de honor, brindada por el gobierno brasilero.

¿ Que haceis ? bellas y desmembradas naciones de la Grecia ! buscando el auxilio del extranjero poderoso para fallar el pleito de vuestras sangrientas disensiones ! gastad el altanero resorte del sentimiento nacional, y cuando convoqueis á las falanjes dispersadas, para defender la santa independencia de la patria, será tarde, porque esa independencia habrá empezado por morir en el corazon de vuestros pueblos !

No sabemos las complicaciones que se prepara en la República Oriental del Uruguay ; pero es evidente que el giro de los sucesos bélicos dá lugar y espera á todas las calamidades que pueden sobre nuestra cabeza desplomarse.

Sin necesidad del caudillo entrerriano, los blancos pueden eternizar la lucha.

Ya no hay persecuciones serias ; vuelve á renacer la tregua, tregua de vandalaje y ruina ; las divisiones del Gobierno y las montoneras blancas andan por los Departamentos sin hostilizarse en lo mas mínimo.

Antes de un mes, no empezarán las operaciones decisivas, que no deciden nunca nada, y mientras tanto los blancos se habrán repuesto del pánico de la derrota y habrán tratado de reforzar sus elementos.

Toda nuestra propaganda pasará como ecos perdidos de una *imaginacion romántica*, pero una palabra ha de quedar escrita en sangre sobre la frente de los actuales partidos : LA GUERRA CIVIL, POR LA GUERRA CIVIL NO TIENE TÉRMINO.

Esta no es todavía la creencia que domina en los partidarios de Montevideo; se cuenta aquí, con la victoria definitiva é inmediata; ya empezamos á sentir las consecuencias, las tristes consecuencias!

Ante el peligro, ante la presencia del partido blanco, los círculos colorados habian arreado momentáneamente su bandera de guerra intestina, pero apenas se piensa que ha desaparecido el peligro, apenas deja de verse amenazadora la presencia del partido blanco, los círculos enarbolan de nuevo su pendon, y empieza una lucha encarnizada y terrible, cuyos resultados no pueden ser sino funestos para el partido y para el país.

Es tan profunda y tan variada la division de los círculos, que no se presenta en pie ninguna fuerza capaz de asimilar á las otras, ni de alcanzar á subyugarlas, de manera que una anarquía espantosa, bajo la dominación alternativa de furibundas facciones, es la perspectiva fatal que nos ofrece el triunfo del partido colorado sobre el partido blanco.

Los círculos tienen puestas su mirada en la elección presidencial de 1872, llave del predominio futuro con que sueñan.

En este cuadro todavía informe de los trabajos electorales, ya empiezan á delinearse y á buscar su natural agregación, los elementos que van á producir el choque terrible de la lucha.

Relatamos ya, la coalición de Ordoñez, Coronado y *Másimo*, para sostener la candidatura Bustamante, y podemos asegurar que cada día se presentan nuevos datos en corroboración de las voces que han tenido su primer eco en estas páginas.

A los caudillos nombrados, es probable que se agreguen Enrique Castro y Borges, por la sencilla razón de que con ningún otro círculo, se encuentran en mas contacto y relación.

Así se formará un grupo de los gefes que han venido á quedar con la postrer influencia en el Ejército gubernativo de campaña, y este grupo será el punto de apoyo de la candidatura Bustamante.

Por efecto de una reacción inevitable, los gefes que han perdido su influencia últimamente, formarán un grupo aparte; Suarez y Caraballo, con todos los satélites que arrastran en su rencoroso descontento, serán la base de la segunda coalición electoral.

Haciendo mucho honor á sus propósitos, se ha llegado á decir que el favorecido será el Dr. Ellauri ó D. Tomas Gomenzoro, pero no puede consignarse á este respecto ninguna afirmación positiva, ni conjetura probable.

Todo lo que es caudillo, quedará comprendido en algunas de esas tolterías políticas; y, partiendo como partimos nosotros, de la abstención de los conservadores genuinos, no es fácil presentir que llegue á encontrarse algunos elementos libres y capaces de formar una tercer coalición electoral.

Sin embargo, hay una personalidad política, opaca y algo escondida todavía apesar de la posición oficial que ocupa; y esa personalidad aspira á la reacción contra el predominio de los caudillos, tratando de poner esa reacción al servicio de una candidatura de sorpresa, ó lo que es lo mismo, al servicio suyo.

La base de esta nueva liga sería en primer lugar el núcleo de la Guardia Nacional de Montevideo, esa Guardia Nacional donde los mercenarios están en proporción de veinte á uno sobre los hijos del país — y en segundo lugar, las influencias inherentes al mas importante Ministerio de la paz.

Esta base es insegura, porque pende exclusivamente de la variable voluntad de un hombre que dá y quita posiciones oficiales á su antojo pero si subsistiese, sería indudablemente de poderosos alcances, y podría suceder muy bien que de la noche á la mañana encontrásemos sentado y como perdido entre los cojines del sillón presidencial una personalidad que ayer necesitábamos mirar con microscopio!

Lo grave, lo terriblemente grave en todas estas maquinaciones de círculo, es el irreconciliable encono que demuestran las facciones aspirantes al poder.

No hay acuerdo ni transacción posible entre ellas; la que alcanzase el triunfo sería despedazada por las otras, si no avasallase con un despotismo aterrador las resistencias conjuradas contra ella.

Podría suceder que los temores de este resultado, inevitable, trajesen á última hora una transacción igual á la que en 1868 hizo Presidente á Batlle.

Entonces se buscaría un hombre que por su debilidad, su pequeñez y su insignificancia ofreciese á todas las facciones un camino abierto á la satisfacción de sus ambiciones exclusivas.

¿Y qué vendría despues?

Vendría otro Gobierno que como el Gobierno actual, tenga el raro primor de combinar todo lo que tiene mas odioso el despotismo con todo lo que tiene mas funesta la anarquía.

Esta larga sucesion de estravios y de convulsiones crecientes no resistiria ninguna comunidad politica; y el partido colorado caeria al fin, envuelto en alguna catástrofe espantosa.

Hubo un camino para evitar esos males; en una noble solucion de paz, los partidos habrian quedado frente á frente; el sentimiento del peligro los obligaria á la union, el estímulo de la rivalidad los induciria necesariamente á mejorar sus condiciones actuales, y llevados por la bienhechora influencia de las luchas democráticas, acaso no tardarian en sufrir la grandes transformaciones que la época impone á las fuerzas activas del pais.

Aspirando á un triunfo absoluto, que aparte de la escena politica al partido blanco, el partido colorado no hace mas que labrar su propia ruina.

Gotas de tinta

Por via de apuntes para la historia de la liga electoral á que nos referimos en nuestro número anterior, vaya un articulillo que *La Tribuna* consagra al feliz regreso del Coronel Máximo Perez.

Dice nuestro cólega:

EL CORONEL MÁXIMO PEREZ.

«Nadie mejor que nosotros, puede apreciar las razones que tuvo el Gobierno para dar de baja á este valiente y prestigioso gefe, que consagró á su pátria des de tiernos años toda una vida, y hasta su propia fortuna, aunque limitada.

«Pero nadie tampoco puede congratularse mas al ver que el señor Presidente de la República, olvidando uno de esos desaciertos que con menos justificacion cometieron otros, reincidiendo, aprovecha los servicios de este gefe y lo restituye á su rango militar, despues de haber purgado la falta cometida para con sus superiores, separado de su empleo, y retirado en el extranjero pasando mil privaciones.

«En valde es que los puritanos hagan aspavientos en presencia de esa medida; en valde es que censuren tal proceder, cuando han batido palmas calorosamente al ver á la autoridad, asumiendo la actitud que le correspondia, indultar á los furiosos y encarnizados enemigos de la paz y del orden, á los perpetuos fomentadores de la rebelion y del desquicio.

«¿Por qué pues, no habia de ser vuelto á su dignidad y posicion el coronel Perez, que con esas *chuzas*, eterna pesadilla de algunos cuando no se ponen

á su servicio, sostuvo una situacion en que estaba empeñado el honor de la República?

«Por qué no utilizar ese elemento que de tiempo atras hubiera puesto valla á las invasiones blancas que impunemente han *relozado* en el departamento de Soriano, uno de los mas importantes de la República, abandonado totalmente por la autoridad?

«No; ha llegado el momento de utilizar todos los elementos que, en concierto y con un impulso simultáneo y esforzado, concluyan del todo con los restos de la invasion, para fundar las nuevas bases de una época venturosa y no lejana para la República.»

Ciertos son los toros! han de esclamar nuestros lectores al encontrarse con el solemne augurio de la *época venturosa y no lejana* que se va á fundar sobre bases tan sólidas y benéficas como la personalidad política del Sr. Coronel D. Máximo Perez!

No hay duda: los horizontes se aclaran y la nave empieza á caminar hácia el puerto de la salvacion.

Ha llamado la atencion una proclama que se atribuye á Muniz, el Gefe de la vanguardia blanca.

Dicen así los párrafos culminantes y mas críticos.

«Soldados!—El resultado de la batalla del 17 de Julio parece ser el augurio fatidico de graves acontecimientos, que pondrán quizás á la mayoría de los Orientales en el duro caso de servirse tambien del elemento extraño para resistir al poder de las bayonetas extranjeras.

A D. Lorenzo Batlle, á sus serviles consejeros, á los traficantes en la honra de la patria, que no han querido aceptar una paz entre hermanos, deberán los hijos de los Treinta y Tres tan hermosa ofrenda.

Mientras os sea dado continuar combatiendo solos en defensa de la causa mas santa, pues es de la razon y de la justicia, contra la arbitrariedad y el desorden, hacedlo, que nuestro General y amigo no os abandonará en esa desigual lucha.»

Si Muniz quiere decir con eso que no acompañará á los suyos sino en tanto que se encuentren luchando solos, sin servirse del elemento extraño, esta declaracion es altamente patriótica.

Acaso llegará el momento de que nos toque á nosotros recordársela.

Acaba de aparecer en Rio Janeiro un folleto sobre las intervenciones del Brasil en el Plata; es una simple apologia de la política imperial, y puede pasar como anuncio de la nueva visita que nos prepara el vecino,

Sigan adelante! Aquí el estruendo y el humo de la guerra nos impide oír y ver lo que se prepara á nuestro alrededor!

Los diarios de la mañana han trascrito en estos días el relato de las sesiones en que la Convencion de Buenos Aires se ha ocupado de la cuestion relijiosa, y es probable que sigan haciéndola *in extenso*, porque la cuestion no ha sido todavía resuelta, apesar de haber discutido en cuatro noches consecutivas.

Ultimamente, el Dr. Rawson, opuesto á la adición que establece la separacion de la Iglesia y del Estado, ha declarado que su opinion se funda simplemente en preferir que las lejislaturas ordinarias resuelvan las cuestiones sobre subvencion de cultos, porque de este modo, todos los cultos podrían encontrar proteccion recurriendo al poder central en demanda de auxilios, cuando los necesitaran.

El Dr. Rawson ha espuesto tambien que el sosten de los cultos puede considerarse como una ramificacion de la vida municipal, proponiendo al solo efecto de garantizar mas y mas la sagrada libertad de conciencia, una enmienda que consagre este principio trascendental de derecho politico; «La creencia religiosa del hombre, sea cual sea, no le inhabilita para ejercer cargos públicos.»

A nuestro juicio, el modo con que encara la cuestion el Dr. Rawson es lo mas que puede legitimamente concederse á las preocupaciones de la época y á las peculiaridades de nuestro estado social. Esa opinion es la que prevalecerá probablemente en el seno de la Convencion de Buenos Aires.

Sin embargo, tambien en la última sesion, el proyecto de los audaces talentos que aspiran á la realizacion de una reforma radical, encontró el apoyo luminoso de una cabeza nevada y respetable, como no hay otra acaso en la honorífica asamblea de nuestros libres vecinos.

El Dr. D. Juan Maria Gutierrez, Rector de la Universidad, se coloca al lado de la juventud innovadora, prestando á la idea de la separacion de la Iglesia y el Estado, toda la decidida proteccion de supalabra y de su voto.

Grandes debates! nobles torneos, donde se educa, y se depura el pueblo! ¿cuando para vosotros se abrirá el ensangrentado palenque de la patria?

La Conferencia Literaria que debia tener lugar á beneficio de la Sociedad de Amigos de la Educacion Popular y del Club Universitario, se ha postergado á causa de los acontecimientos politicos.

Fiestas intelectuales de esa clase, parecen verdaderamente impias. El día siguiente de un combate fratricida como el de los *Manantiales*.

La Conferencia solo podrá tener lugar cuando los horizontes politicos se muestren mas propicios á la paz y á la fraternidad entre los Orientales todos.

El Club Universitario practicó el día 1° sus elecciones normales, resultando, — José Pedro Varela, Presidente, — Antonio Carballo, Vice, — Duvimioso Terra, — Secretario, — Isaac Gil Tesorero, — Anselmo Dupont, Bibliotecario.

Salud y prosperidad á los electos.

Debe aparecer en estos días un interesante folleto sobre el Departamento de Soriano, obra del intelijente vice-cónsul brasilero en Mercedes.

«*Para después de la paz*, bien venido sea ese importante estudio práctico de uno de nuestras más hermosas y ricas secciones nacionales!

En la Universidad de Buenos Aires, acaba de crearse una cátedra de higiene pública.

¿No debiéramos imitar nosotros ese ejemplo?

Se habla mucho de cambio ministerial, cambio de personada más. Estas intrigas de palacio poca influencia tienen sobre los destinos del país.

Lo que reclama un cambio, es la política; y sobre eso, no se dice una palabra todavía.

Siga su curso la procesión!

La prensa colorada de estos días ha referido un acto de crueldad consumado en las filas de Aparicio antes de la batalla de los *Manantiales*.

El asesinato de los apreciables jóvenes Polanco y Ocampo, aparece revestido de circunstancias tan horribles, que no pueden menos de sorprender a los que abrigan ilusiones sobre el mejoramiento gradual de nuestras costumbres políticas.

Si lo que se refiere es cierto, tendremos que agregar una nueva pieza al largo y sangriento proceso de los partidos actuales.